

«El Ebusitano»: el primer periódico de Ibiza en los fondos de una biblioteca americana*

HirotaKa TATEISHI

I

La *Enciclopèdia d'Eivissa i Formentera*, publicación que inició su andadura en 1995, dice que el primer periódico semanal de la isla de Ibiza fue *El Ebusitano*, el cual salió a luz en 1846¹. En la entrada correspondiente de esta enciclopedia se dice que el periódico se editó en la imprenta que había fundado aquel mismo año “Antoni Manuel Garcia” en la calle Major, número 8. Era un periódico semanal, aunque también hubo alguna edición quincenal. “No es coneix que se n’hagi conservat cap exemplar”. El periódico se dedicaba a asuntos de interés general de la isla, especialmente a los de carácter agrícola. Su director era el propio Antoni Manuel Garcia y la redacción estaba compuesta por Francisco Robello (<Tio Fedel>) y Josep Ferrer Cirer, abogado y socio capitalista de Antoni Manuel Garcia. Su formato era de cuatro páginas de 31 x 21 cm., a dos columnas. Se publicó, con mayor o menor regularidad hasta mediados de 1848, año en que Garcia traspasó la propiedad de su imprenta a Joaquim Cirer Miramon.

Estos datos que ofrece la *Enciclopèdia d'Eivissa i Formentera*, al parecer, se basan en la obra del periodista y político local de la isla de Ibiza, Bartolomé de Roselló y Tur, publicada en 1935: *Datos para la historia de la imprenta y del periódico en Ibiza*². Según Roselló y Tur, este periódico era “afecto a la política de una camarilla que seguía las inspiraciones de un sobrino del inolvidable Obispo Carrasco, llamado Juan de Dios Francisco Carrasco López, conocido comúnmente por <Don Juan de Palacio>”. A continuación añade este comentario: “a pesar de haber puesto verdadero empeño en conseguirlo, no nos ha sido posible ver ningún número de este periódico”.

En el famoso libro de la *Historia de Ibiza* escrito por el eminente historiador local Isidoro

* La versión catalana de este artículo, omitiendo la parte del Apèndice, se publicó en la Revista Digital de Historia: <http://www.historica.cat>

¹ *Enciclopèdia d'Eivissa i Formentera*, volum 4, Eivissa: Consell Insular d'Eivissa i Formentera, 2000, pp. 235-236.

² Roselló y Tur, Bartolomé: *Datos para la historia de la imprenta y del periódico en Ibiza*, Ibiza, 1935, pp. 28-29.

Macabich Llobet aparecen también frases del mismo tenor: “1846.- Fúndase la primera imprenta, de Antonio Manuel García, donde se editó el primer periódico (desde 1846 a 1848), que fue semanario y se tituló <El Ebusitano>”, y “no se conserva ningún número de este periódico”.³

Sin embargo, en el librito *Diccionario bibliográfico de las publicaciones periódicas de las Islas Baleares* publicado por Joaquim M. Bover de Rosselló en 1862, aparece el siguiente dato: «El ebusitano. Semanario de agricultura y de otros conocimientos útiles á las clases artistas y labradores. Ibiza, imprenta de D. Antonio María García, 4.º de 8 pags. Cada n.º con una viñeta alusiva á su titulo. Empezó á publicarse en 16 de noviembre de 1846 y unicamente salieron 12 números el ultimo de ellos en 11 de febrero de 1847, acabando su publicacion por falta de suscritores, cuya reducida lista inseria el redactor en el artículo de despedida. Precio de suscr. en Ibiza 5 rs. mensuales.»⁴ Por otra parte, en el librito *Imprenta de las Islas Baleares* del mismo autor publicado en 1862, aparece el siguiente dato, que le da como el primer impresor de la isla de Ibiza: «IBIZA. I. 1846-1847. D. Antonio María García. »⁵

Para aclarar estas diferencias en torno al primer periódico de la isla de Ibiza <El Ebusitano> me propuse localizarlo. La búsqueda en los archivos y bibliotecas tanto de las islas Baleares como de la Península (Biblioteca Nacional, Hemeroteca Municipal de Madrid, Biblioteca de Catalunya, etc. etc.) fue infructuosa. Tampoco aparece en los fondos de British Library, Library of Congress, etc. según los catálogos de sus respectivas páginas WEB.

Sin embargo, pude al fin localizar todos los números (12 en total) de *El Ebusitano* en el fondo “Archives & Special Collections - Spanish Periodicals and Newspapers” de la Biblioteca de la University of Connecticut en los Estados Unidos de América, gracias a la ayuda prestada por Doña Marisol Ramos, bibliotecaria del Latin American & Caribbean Studies, Puerto Rican/ Latino Studies & Spanish & Curator of the Hispanic History and Culture Collections Thomas J. Dodd Research Center⁶. El hallazgo tuvo algo de azaroso.

3 Macabich Llobet, Isidoro: *Historia de Ibiza*, volumen II, Palma de Mallorca: Daedalus, 1966, pp. 70 y 310-314. Otras obras sobre la cultura de Ibiza repiten las mismas interpretaciones. Por ejemplo, Isidor Marí dice: “L’any 1846 té lloc l’establiment de la primera imprenta, per part d’Antoni Manuel García –probablement valencià. Ell publicarà el primer periòdic local, El Ebusitano (1846-1848), i també les primeres edicions fetes a Eivissa”. Marí, Isidor: *La cultura a Eivissa i Formentera (segles XIX i XX)*, Palma de Mallorca: Doumenta Balear, 2001, p. 12.

4 Bover de Rosselló, Joaquim M.: *Diccionario bibliográfico de las publicaciones periódicas de las Baleares*, Palma: Imprenta de la V. De Villalonga, 1862, pp. 32-33.

5 Idem: *Imprentas de las Islas Baleares*, Palma: Imprenta de Pedro José Gelabert, 1862, p. 30.

6 En el catálogo del dicho fondo aparece el siguiente dato: <El Ebusitano: semanario de agricultura y de otros conocimientos útiles a las clases artísticas y labradoras. Ibiza. No. 1-12 (Nov. 16, 1846 - Feb. 11, 1847) SPAN PER 195> Véase: http://doddcenter.uconn.edu/findaids/Spanish_Periodicals/spanper2.htm

II

A veces aparecen en nuestra historia personas afortunadas y muy aficionadas a la colección de libros raros, manuscritos y periódicos, como estos dos hermanos gemelos: el Marqués de Jerez de los Caballeros y el Duque de T'Serclaes (nacidos en Jerez de los Caballeros, Badajoz, el 7 de abril de 1852).

El Marqués de Jerez de los Caballeros, Don Manuel Pérez de Guzmán y Boza (-1929), era gran coleccionista de libros literarios y poéticos, y organizador de una tertulia literaria en Sevilla. Logró reunir una de las mejores bibliotecas privadas de España y Europa, pero por dificultades financieras vendió sus libros y papeles a la Hispanic Society of America de Nueva York⁷.

A su hermano, el Duque de T'Serclaes, don Juan Pérez de Guzmán y Boza (-12/2/1934), le interesaron más bien los pliegos sueltos, folletos y publicaciones impresas. Según Francisco Mendoza Díaz-Maroto (2001), “Don Juan, Duque de T'Serclaes, tuvo la mejor biblioteca privada de España, que incluía al menos tantos pliegos poéticos del siglo XVI como poseyeron los Salvá (79 en castellano y 16 en catalán), pero de la exactitud del dato no podemos estar seguros por no existir catálogo ni fichero. Don Juan, que poseía también impresos de cordel de siglos posteriores, murió en 1934, y en 1939 su biblioteca fue dividida en seis o siete partes, entre ellas las de los hijos: el Marqués de Morbecq y el de Lede. Los descendientes de algún otro heredero no comparten la pasión bibliográfica de su antepasado y desde hace años vienen apareciendo en el mercado anticuario madrileño piezas del siglo XVI y del XVII-XVIII que pertenecieron al Duque”⁸.

Una de las colecciones del Duque, que los herederos vendieron poco a poco, a pesar de que en 1934 la biblioteca del Duque estuviera depositada temporalmente en la Biblioteca Nacional, era de periódicos de los siglos XVIII y XIX. Un negociante librero de los Estados Unidos compró esta colección y la vendió casualmente a la Universidad de Connecticut y forma el fondo “Archives & Special Collections - Spanish Periodicals and Newspapers”⁹. Y como he dicho, en esta colección están incluidos todos los números del primer periódico ibicenco: *El Ebusitano* (1846-1847)¹⁰.

7 Cf.: Félix Machuca, J.: “La mejor biblioteca sevillana en Nueva York”, *ABC*, 18-4-2007; Molina, Margot: “La biblioteca del marqués de Jerez era la mejor”, *El País*, 11-11-2008.

8 Cf.: López de Zuazo Algar, Antonio: “Relaciones y papeles varios del siglo XVII, compañeros de periódicos”, *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 11, 2005, pp. 393-406.

9 Me he enterado de este dato, gracias a la bibliotecaria Doña Marisol Ramos de la University of Connecticut.

10 Hace años trabajé sobre el “Robespierre Español”, el periódico radical publicado durante la Guerra de la Independencia, pero no pude localizar el número 19 en ninguna parte de España. Sin embargo, el fondo del Duque dispone de los siguientes números (SPAN PER 56): 1-4, 6-7, 9-12, 15, 19-20, 22, 24-26, 28 (1811-12). Es una lástima que España no consiga copias de dicho fondo de la University of Connecticut, importantísimo fondo de la prensa española de la época moderna.

III

Gracias al hallazgo, hay que rectificar los datos ofrecidos en la *Enciclopèdia d'Eivissa i Formentera*, mientras que los de Joaquim M. Bover de Rosselló han sido confirmados como fidedignos en su mayor parte.

Resumiré las características formales del primer periódico de la isla de Ibiza:

-Título: *El Ebusitano. Semanario de agricultura y de otros conocimientos útiles a las clases artistas y labradoras*.

-Impresor: Ibiza. Imprenta de D. Antonio M. García¹¹

-Formato: 8 páginas (excepto el número 12 que tiene 9 páginas) de 20 x 14 cm.¹²

-Números: 12 números en total (97 páginas), desde el 16 de noviembre de 1846 hasta el 11 de febrero de 1847.

-Intervalo: en principio semanal, pero muy irregular.

De acuerdo con la "Advertencia"(p. 95), la causa de la suspensión de la publicación es de carácter financiero, ya que dice: "No habiendo suficiente número de suscriptores para cubrir los gastos precisos de impresión, como se verá por la lista que va al fin de este número, cesa por ahora esta publicación." A continuación, insertaré la lista de los suscriptores (pp. 96-97), dato que permite conocer los nombres del mundillo intelectual de los ibicencos de aquel entonces, reunidos en torno al primer periódico de la Isla.

LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES

Sr. Jefe Público de la Provincia por 4 ejemplares	D. Narciso Puget
D. José Cirer	D. José Ramón y Torres
D. Agustín Ferrer	D. Baltasar Ilidalgo de Cisneros
D. Manuel Monte	D. Antonio Guillón
D. José Andrade	D. Pedro Jasso
D. Juan Ramón	D. Pedro de Olarria y Adalid
D. José María García	D. Pedro Matutes
D. Jacinto Acuenza	D. José Ferrer y Oliver
D. Edmundo Walis	D. Sebastián Llombart
D. Agustín Riera	D. Fernando Ferrer
D. Luciano Yurbe	D. Pedro Noguera
	D. Agustín González

¹¹ Del periódico en sí mismo, no he podido aclarar si se trata de Antonio Manuel García o de Antonio María García. Según la obra de Bartolomé de Roselló y Tur, la primera Imprenta de Ibiza es de Antonio Manuel García, el cual presentó en 1846 un folleto titulado "Proyecto para fomentar en estas islas de Ibiza y Formentera la cría de animales de labor". Véase: Roselló y Tur, *op. cit.*, pp. 7-8.

¹² Según el dato que me ofreció Doña Marisol Ramos de la University of Connecticut.

D. Vicente Rebolledo	D. Antonio Sebastián Pùgros
D. José Gómez	D. José Hernández
D. Mariano Oliver	D. Zoylo Bonet
D. Juan Gotarredona	D. Pedro Palau
D. Sebastián Sora	D. José Verdera
D. Bartolomé Roselló	El Ayuntamiento Constitucional de esta Ciudad
D. Carlos Ramón	D. Luis Pineda
S. Subdelegado de Reptas	

IV

A continuación indicamos brevemente los contenidos del primer periódico ibicenco:

Núm. 1	16/11/1846	Ibiza, Imprenta de D. Antonio M. García	pp. 1-5	Consideraciones históricas sobre el origen y excelencia de la agricultura (1/2)
			pp. 5-8	Medicina doméstica. Auxilios que deben prestarse a los ahogados (1/2)
Núm. 2	24/11/1846	Idem	pp. 9-12	Consideraciones históricas sobre el origen y excelencia de la agricultura (2/2)
			pp. 12-13	Medicina doméstica. Auxilios que deben prestarse a los ahogados (2/2)
			pp. 13-15	Descubrimientos útiles a la agricultura. Los para-granizos
			pp. 15-16	Economía industrial. Fabricación de diferentes especies de cola (1/2)
Núm. 3	01/12/1846	Idem	pp. 17-21	Agricultura. Calidad y conocimiento de las tierras (1/3)
			pp. 21-24	Literatura. El sí y el no (1/2)
Núm. 4	08/12/1846	Idem	pp. 25-28	Agricultura. Calidad y conocimiento de las tierras (2/3)
			pp. 28-32	Literatura. El sí y el no (2/2)
Núm. 5	16/12/1846	Idem	pp. 33-34	Agricultura. Calidad y conocimiento de las tierras (3/3)
			pp. 34-37	Agricultura. Consideraciones generales sobre el modo de alterar los cultivos (1/2)
			pp. 38-39	Economía industrial. Fabricación de diferentes especies de cola (2/2)
			pp. 39-40	Economía industrial. Influencia que ejerce la luna en el corte de maderas (1/2)
Núm. 6	24/12/1846	Idem	pp. 41-43	Agricultura. Consideraciones generales sobre el modo de alterar los cultivos (2/2)
			pp. 44-45	Economía rural (1/2)

			p. 46	Economía industrial. Influencia que ejerce la luna en el corte de maderas (2/2)
			pp. 46-48	Economía industrial. Método perfeccionado para dorar o platear el hierro y el acero
			p. 48	Economía industrial. Modo de limpiar los marcos y molduras doradas
Núm. 7	01/01/1847	Idem	pp. 49-51	Economía rural (2/2)
			pp. 51-53	Agricultura. Del cultivo del olivo y de su propagación (1/2)
			pp. 54-55	Medicina doméstica. De las quemaduras y modo de tratarlas
			p. 56	Economía industrial. Modo de fabricar el barniz de copal sin intermedio (1/2)
Núm. 8	08/01/1847	Idem	pp. 57-60	Agricultura. Del cultivo del olivo y de su propagación (2/2)
			p. 60	Economía industrial. Modo de fabricar el barniz de copal sin intermedio (2/2)
			pp. 61-62	Higiene. De la influencia que ejerce la temperatura en la salud (1/2)
			pp. 63-64	Literatura. La lección tardía (1/4)
Núm. 9	16/01/1847	Idem	pp. 65-68	Agricultura. Época de sembrar (1/2)
			pp. 69-70	Higiene. De la influencia que ejerce la temperatura en la salud (2/2)
			pp. 70-72	Literatura. La lección tardía (2/4)
Núm. 10	24/01/1847	Idem	pp. 73-75	Agricultura. Época de sembrar (2/2)
			pp. 75-76	Agricultura. De los injertos (1/2)
			pp. 76-80	Literatura. La lección tardía (3/4)
Núm. 11	01/02/1847	Idem	pp. 81-84	Agricultura. De los injertos (2/2)
			p. 84	Agricultura. Injertos por aproximación (1/2)
			pp. 84-86	Medicina doméstica
			pp. 86-88	Literatura. La lección tardía (4/4)
Núm. 12	11/02/1847	Idem	pp. 89-94	Agricultura. Injertos por aproximación (2/2)
			pp. 94-95	Agricultura. Injertos con verdugos
			p. 95	Advertencia
			pp. 95-96	Obras a que se suscribe en esta imprenta
			pp. 96-97	Lista de los señores suscriptores

Es de señalar que la mayoría de los artículos aparecidos en *El Ebusitano* son de carácter científico y técnico, de acuerdo con el subtítulo: “Semanario de agricultura y de otros conocimientos útiles a las clases artistas y labradoras”. Sin embargo, aparecen tres artículos de carácter diferente, uno sobre “el origen y la excelencia de la agricultura”, y los otros dos, muy breves, sobre la literatura. Todos aparecen al final de este artículo como “Apéndices 1, 2 y 3”.

V

Como no soy especialista en literatura, no me atrevo a valorar la importancia de las dos obras literarias, pero sí puede resaltarse el hecho interesante de que ambas se basen en los fundamentos católicos tradicionales del pundonor. Una tiene la firma de “T. D. U. D. M.” y la otra la de “Español”. Según Vallès Costa, el escritor Francisco Robello y Vasconi colaboró en la redacción de *El Ebusitano*, para el que escribió algunos artículos¹³. Espero que algún especialista de la historia literaria analice estas obras en su propia dimensión y aclare la relación de éstas con Robello y Vasconi.

El artículo “Consideraciones históricas sobre el origen y excelencia de la agricultura” trata de la importancia de la agricultura en la historia de las Humanidades. Las islas Pitiúas (Ibiza y Formentera) gozaban de una gran prosperidad agrícola en tiempos antiguos, favorecida por el clima, posición geográfica y calidad de sus tierras. Sin embargo, en la época moderna se resintió a causa de “la falta de brazos, efecto de haber sido invadidas y conquistadas por tantas y tan diferentes naciones y más que todo, su sistema prohibitivo de extracción contrario a los verdaderos principios económicos”.

Según el artículo, la agricultura de la Isla entró en proceso de recuperación, gracias a la enseñanza y el fomento a que “el célebre Ward”¹⁴ daba tanta importancia. A la enseñanza del método adecuado de los cultivos, dice, está contribuyendo precisamente la publicación de *El Ebusitano*. Añade que se encargan del fomento de la agricultura la Sociedad de Amigos del País de las Pitiúas y la Autoridad Superior Política de la Provincia. Sin embargo, nada se dice de la desigualdad de la distribución de las tierras en la Isla ni de la necesidad de reformas agrarias.

Del artículo se desprende que el ideario económico y social de *El Ebusitano* era continuador de las reformas ilustradas del siglo XVIII español impulsadas por Ward, Campomanes¹⁵, etc. Hay que notar que la Sociedad de Amigos del País de las Pitiúas fue

13 Vallès Costa, Rosa: “El Tío Fidel, un confinat a l’Eivssa del segle XIX”, *El Pitiús*, 2010, pp. 146-150.

14 Se trata de Bernardo Ward (?-1779?), autor del *Proyecto Económico* (1762).

15 Pedro Rodríguez Campomanes (1723-1802), político reformista de la Ilustración que promovió la fundación de las Sociedades Económicas de Amigos del País en toda España, cuyo objeto era el fomento de la economía y la instrucción de la población.

fundada en 1845 por iniciativa de Joaquín Maximiliá Gilbert, jefe político de la provincia¹⁶, el cual era también suscriptor de *El Ebusitano*.

En conclusión, se puede decir que el primer periódico de Ibiza *El Ebusitano* fue creado como instrumento de enseñanza para difundir los conocimientos agrícolas y técnicos entre las élites locales de la Isla de Ibiza, tal vez en colaboración con la recién creada Sociead de Amigos del País de las Pitiúsas, entidad continuadora de la reforma ilustrada del siglo XVIII, pero que en plena crisis de transformación de la sociedad del Antiguo Régimen a la sociedad liberal no tocó los problemas del desequilibrio económico y social de la isla. Es claro que el periódico no pudo sobrevivir mucho tiempo, debido a la falta de “suficiente número de suscriptores para cubrir los gastos precisos de impresión”.

16 Cf.: <http://www.camaraibizayformentera.com/es/historia.html>

APÉNDICE

(*Para la transcripción de los documentos, hemos modernizado la ortografía para mayor facilidad de lectura.)

1. CONSIDERACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL ORIGEN Y EXCELENCIA DE LA AGRICULTURA

(*El Ebusitano*, núm. 1, pp. 1-5; *Idem*, núm. 2, pp. 9-12)

La agricultura, este arte benéfico, manantial inagotable de la riqueza de las naciones, a pesar de ser tan antigua como el hombre, debió permanecer en su infancia mientras pródiga la naturaleza, prestaba fácil alimento a sus hijos sin más trabajo que el de escoger según sus necesidades los sazonados frutos, que una tierra aún virgen les ofrecía continuamente.

Aumentada la especie humana con el transcurso de los tiempos, avezadas las familias a permanecer en el mismo país que les viera nacer y a vivir en sociedad, indispensable era que los hombres procurasen que los terrenos que les pertenecían produjesen lo bastante para subvenir a las necesidades de sus familias y que desde entonces empezasen a regularizar a los trabajos agrícolas verificándolos en las épocas, que la experiencia, única maestra de aquellas primeras generaciones, les enseñase ser las más convenientes.

Por muchos siglos no pudo ser otra cosa la agricultura, que un agregado de observaciones sencillas e incoherentes transmitidas de generación en generación entre las familias agrícolas; y tiempo considerable debió transcurrir, para que el más sencillo método, la operación más fácil llegasen al estado en que hoy los vemos.

En vano se ha pretendido averiguar a punto fijo, a qué nación o a qué siglo se debe la invención de la mayor parte de los instrumentos agrícolas que poseemos, el arte de injertar y otras operaciones semejantes: y por más que se consulte a los historiadores no es dable conocer cómo se ha elevado la agricultura a la altura en que hoy la contemplamos.

Si consultamos las tradiciones fabulosas veremos que los egipcios concedían a Osiris la invención de la agricultura, que los griegos atribuían lo mismo a Geres o a su hijo Triptolemo, y que los primeros moradores de Italia elevaron a la categoría de Dioses a Juno y a Saturno en recompensa de haberles enseñado a cultivar los campos.

Los más antiguos historiadores hablan de la agricultura y de sus sencillos utensilios, como de cosas anteriormente conocidas: pero si convenimos en que los pueblos que antes llegaron a mayor grado de ilustración serían los primeros en estudiar y mejorar la agricultura, no podremos negar este honor a los egipcios.

En efecto, habiendo sido los primeros que se dedicaron a las ciencias, debieron dar la preferencia a la agricultura, base fundamental de su prosperidad y abundancia. Un clima benigno y propicio a toda vegetación; las periódicas inundaciones del Nilo; y una población

inmensa a cuyas necesidades debía precisamente subvenirse; eran circunstancias que les impulsarían a profundizar la primera de las artes y sin la que es imposible la existencia de las demás.

Los vetustos vestigios del Lago Meris que aún subsisten después de haber visto pasar tantos siglos, nos lo persuaden de una manera indudable. Aquella obra grandiosa y sorprendente formada para corregir las irregulares inundaciones del gran río; debió ser producto de los grandes conocimientos artísticos y agrícolas que desde tan remota época poseían los egipcios.

Aumentada de una manera asombrosa la población de Egipto, hasta el extremo de ser imposible su manutención en el suelo natal, la colonización fue indispensable y las familias que transmigraban a otros países debieron comunicar a sus moradores los conocimientos científicos que les eran conocidos.

Los griegos cuyas artes y literatura recibieron después más desarrollo que en otra nación alguna, debieron a los egipcios los primeros principios de los conocimientos humanos y las primeras nociones de agricultura.

De la misma manera otras colonias egipcíacas esparcidas sucesivamente por todo el mundo conocido en tan lejanos tiempos, debieron introducir la agricultura en Asia y África, cuyo conocimiento llegaría posteriormente a Europa por medio de algunos establecimientos formados por los griegos y fenicios en Italia y en las costas de las Galias, y los romanos acabarían de difundirla por los diversos países que se sometieron a su dominación.

Si bien la antorcha de la historia nos ilumina lo bastante para conocer la marcha que indudablemente seguiría la agricultura en siglos remotos, es insuficiente para aclarar en qué estado la transmitieron los egipcios a los griegos y cartagineses y si éstos la mejoraron antes de instruir a los romanos. Pero en cambio nos hace ver con certeza el alto aprecio, la veneración casi divina con que los antiguos pueblos miraban a la agricultura y que los hombres más eminentes se entregaban a su estudio y ejercicio.

El ilustre Magon entre los cartagineses se dedicó seriamente a las cosas agrícolas y escribió sobre ellas 28 libros, traducidos posteriormente por disposición del Senado romano. El célebre Jenofonte después de haber dirigido la famosa retirada de los diez mil, también escribió de Administración rural y dio lecciones públicas en Escilonta.

El Pueblo Rey desde sus primeros tiempos también miró con marcada predilección y respeto a la agricultura. Rómulo fundador de Roma instituyó a los sacerdotes ARBALES dedicados únicamente a implorar de los Dioses la fertilidad de los campos. En sus primeras monedas se esculpió la imagen de un buey o carnero, emblema de la agricultura. Los Hortensios, Fabios, Lentulos y otra notabilidades senatorias, cifraban toda su gloria en llevar el nombre de las plantas cuyo uso y cultivo introdujeran sus mayores. Las familias Ovinia Aseinta, Porcia y otras de las más ilustres, eran así nombradas por haberse distinguido sus ascendientes en la cría de animales útiles a la agricultura. Cincinato, Atilo y Curio Dentato

pasaron desde el arado al triunfo o al mando de los ejércitos de la República. Los emperadores Constantino, Valerio, Valentiniano y Pertinaz promulgaron leyes protectoras de la agricultura, y los poetas de más saber y nombradía desde Teocrito y Virgilio hasta Delille han dedicado sus preciosos versos a pintarnos las delicias de la vida del campo. Un abultado volumen no bastaría a contener los nombres de las personas ilustres y notables que se han dedicado a la agricultura, la han elogiado en sus escritos e ilustrado con sus conocimientos científicos; y concretándonos tan solo a una época más reciente, no podremos pasar en silencio el sabio Descartes, al gran Conde y al inmortal Washington, que para descansar de sus nobles tareas no se desdeñaban de ocupar sus manos en trabajos agrícolas.

Si damos una rápida ojeada sobre la España, no podremos menos de confesar, que si bien por la posición que ocupa en el Globo parecía designada para servir de modelo de agricultura a las demás naciones; siempre se ha visto contrariada de fatalidades que han impedido llevarse a cabo su alta misión. Invasión desde los tiempos más remotos por pueblos codiciosos de sus metales; empeñada durante ocho siglos en una guerra devastadora con las huestes de la media luna: distraída con lejanas conquistas desde el descubrimiento de las Américas: abrumada con excesivo número de vinculaciones y con los desmedidos privilegios de la ganadería: y obligada por fin a defender su independencia contra el coloso del siglo: jamás ha disfrutado de intervalos de reposo que la permitieran elevar su agricultura a un estado digno de la situación en que la colocara la Providencia, y proporcionado a lo apacible de su clima a la asombrosa feracidad de su suelo y a la abundancia y salubridad de sus aguas.

Sin embargo, en medio de tantos elementos contrarios al desarrollo e incremento de la ciencia rural, ninguna nación puede disputar a la española la gloria de haber tenido antes un Código de agricultura, tan completo, tan sabio y justamente elogiado. Aunque contribuyeron a la perfección de tan excelente obra muchos hombres célebres en la física, química, y en conocimientos agrarios, se atribuye su formación a Ben-Ahmad de Sevilla, que floreció en el siglo 6 de la Egira. Para conocer la importancia de semejante producción, basta saber que en sentir del erudito abate Andrés, España tuvo en ella un código de agricultura, cual en ningún tiempo supo formar pueblo alguno por más culto que haya sido.

Célebres agrónomos que han adquirido una reputación europea, también han ilustrado con sus obras el suelo español. El elocuente Columela hijo de la Bética, admiración de Roma; el incomparable Herrera, conocido y elogiado por casi todas las naciones cultas y finalmente los escritos geopónicos de Valcarcel, Cabanilles, Clemente, Sampil, Dieste, Gonzales y Sandalio de Arias, nos demuestran, que si en España no se ha desarrollado la agricultura cual debiera en cuanto a la práctica, nada tiene que envidiar a ningún pueblo civilizado con respecto a su parte científica.

Felizmente en la época que alcanzamos, difundidos los conocimientos agrícolas por tantas producciones literarias como ven la luz diariamente; abolidos los privilegios honerosos, aumentadas en el Reino las protectoras Sociedades de amigos del país, y entregada la nación al

apetecido reposo de una paz duradera, vemos que la agricultura va desarrollándose como por encanto y de esperar es que no tardará en elevarse a la altura que le corresponde.

Tan consoladoras y agradables esperanzas pueden asimismo concebirse con respecto a las pitiusas. Estas islas en extremo apreciadas por cartagineses y romanos en razón de su fertilidad, como lo testifican Plino, Mela, y Escolano, producían en aquellos tiempos abundantes cosechas. Dígalo sino Formentera que recibió este nombre de la asombrosa cantidad de cereales que producía, para cuya conservación y custodia tenía abiertos más de mil silos: díganlo también los restos de grandes obras rústicas que coronan hasta las cimas de los montes más elevados, prueba indudable de que estaban reducidos a cultivo, y dígalo por último la estimación en que eran tenidos y procuraban adquirirse algunas de sus producciones y muy particularmente los vinos y aceites. Mas en siglos posteriores, la falta de brazos, efecto de haber sido invadidas y conquistadas por tantas y tan diferentes naciones y más que todo, su sistema prohibitivo de extracción contrario a los verdaderos principios económicos, redujeron la agricultura a la nulidad.

Pero afortunadamente es llegado ya el tiempo de que reciba el incremento y perfección de que es susceptible por la apacibilidad de su clima, ventajosa posición que ocupa y excelente calidad de sus tierras; porque si según dice el célebre Ward, dos son las cosas necesarias para conseguirlo, “enseñanza y fomento”, la primera se difundirá y propagará por medio de esta sencilla publicación y de otras más extensas y de más mérito que sin duda se irán dando a luz en beneficio del país, toda vez que se ha dado ya el ejemplo; y el fomento, no podrán menos de producirlo la Sociedad de amigos del país de las Pitiúsas, cuya benéfica influencia empieza ya a sentirse a pesar de su reciente creación, y la Autoridad Superior Política de la Provincia que tantas muestras ha dado de amor a estas islas y de los laudables deseos que la animan de contribuir a su prosperidad y engrandecimiento.

2. LITERATURA: “EL SI Y EL NO”

(*El Ebusitano*, núm. 3, pp. 21-24; *Idem*, núm. 4, pp. 28-32)

En el Mediodía de la Francia, en ese país donde los placeres de las familias y las fiestas de las ciudades recuerdan aún los tiempos pasados y la época del buen rey René, vivían M. de Beaumanoir, antiguo coronel, sus dos hijos, oficiales de marina, y su encantadora hija, el ídolo de los tres.

Esta cándida y dulce criatura era de una complexión delicada y fina, uno de esos ángeles que nos pintan los poetas. Rafael la hubiera escogido para modelo de las vírgenes que su pincel robaba al cielo. Correge hubiera deseado verla en sus sueños: Carlo Dolce la hubiera de rodillas pedido el permiso para copiar su encantadora cabeza, y Bateau la hubiera colocado en sus graciosos cuadros.

Cada mirada de Sofia, cada movimiento tenía un encanto que le era propio, y su conjunto

una armonía difícil de describir, imposible de pintar. Y no se crea que Sofía era el retrato de esas mujeres pálidas de París, flores marchitas al calor de las bujías de los salones del gran mundo, no; Sofía era la hija de un cielo claro como el de Italia, de un aire puro como el de las montañas, y de una atmósfera de vida.

Las cualidades de su corazón se unían a las de su espíritu: a los diez y nueve años y viviendo siempre bajo el amparo de su padre, Sofía ignoraba esa coquetería que se aprende en las ciudades, que fascina el alma y corrompe el corazón; todo era natural y sencillo en esta niña inocente, y bajo su gracioso y aristocrático traje se encerraba una alma noble y pura.

El fin del otoño la sorprendía algunas veces pensativa y triste...veía las flores marchitas y sin perfumes, sus botones se secaban sin tender sus hojas; las ramas no tenían flexibilidad ni vigor; ni calor en el cielo, ni vida en la tierra!... y sin saber por qué, Sofía suspiraba y pedía al cielo un apoyo sin saber que tenía tres. Su súplica entonces era más fervorosa, más consoladora, porque la oración es la esperanza y la esperanza casi la fe.

Cerca de la habitación de M. Beaumanoir vivía Madame de Maisoncelle, viuda de un capitán de navío, quien le había dejado una mediana fortuna y un inapreciable tesoro; la fortuna consistía en doce mil libras de renta sobre el Estado, y el tesoro en su único hijo. Lo pasado, lo presente y lo futuro eran para ella su Julio.

Julio de Maisoncelle poseía un gran talento, finos modales, una voz robusta, cosa común en la Provenza y nobles sentimientos, lo que es muy raro en todas partes. Sus defectos, pues, nadie hay que no los tenga, era un conjunto de disimulo, celos y terquedad. Su alma era excelente, pero poseía una dureza de carácter que pocas veces se doblegaba a la razón; esto lo juzgaba una debilidad; sin embargo, cedía a la voz del corazón que era siempre su guía.

Madame de Maisoncelle veía con pena las frecuentes visitas que desde cierto tiempo hacía su hijo a Marsella. A pesar de sus veinte y dos años, Julio continuaba perfeccionándose en el estudio de la pintura, y sólo en la ciudad, decía él, había medios de poderse entregar a este gusto; pero por las noches no se pinta, y Julio volvía muy tarde a su casa.

Sus relaciones con los Beaumanoir, y que en un principio le agradaban tanto, empezaron de repente a enfriarse; la pobre madre se perdía en conjeturas. He aquí la causa.

En la última fiesta del castillo de Beaumanoir, hubo baile en su parque, y siguiendo el uso tradicional cada cual procuró observar las costumbres campestres y elegantes de su país. Después de varias contradanzas, Sofía fue a sentarse en uno de sus bancos favoritos, banco donde al lado de Julio había pasado dulces momentos, y donde esperaba no tardaría en reunírsele, porque los dos se amaban sin que jamás se lo hubiesen dicho. Por una fatal casualidad, un extraño, que era el comensal de los jóvenes Beaumanoir y a quien había recibido en Génova, se hallaba cerca del banco donde fue a sentarse Sofía. Sorprendida y no sabiendo cómo deshacerse del señor Grimaldi que la fatigaba con sus continuas declaraciones, le dijo:

—¿No bailáis, caballero?

—Si vos me lo permitís, bailaré con vos.

La pobre niña que veía llegar al objeto amado y que anhelaba desembarazarse del importuno, respondió dirigiéndose a Julio.

—Gracias caballero; estoy comprometida; y se dirigió a Julio que en este instante llegaba.

Julio, confuso y no comprendiendo el sentido de estas palabras, le preguntó con el acento de la duda.

—¿Habláis conmigo Sofía?

—¡Pérfida! murmuró con indignación Grimaldi; y llevó la mano al puñal que los genoveses jamás olvidan.

Julio condujo a Sofía al baile; pero toda confianza cesó entre ellos; había oído a Grimaldi llamarla pérfida. Esta palabra le atormentaba, pues no creía que a nadie se dirigiese este epíteto sin tener derecho a él.

Desde entonces no se volvió a ver a Julio en la casa de los Beaumanoirs, y he aquí el motivo de sus continuos viajes a Marsella. Todo afecto que domina el corazón necesita que otra pasión le suceda, porque es preciso acalorar la cabeza, absorber el pensamiento y paralizar el alma: Julio se hizo jugador, pero desgraciado en su nueva elección perdía continuamente y en gran cantidad, y siempre volvía a su casa pensativo y de mal humor. Su madre le hizo espíar, y con amargura comprendió la causa de las ausencias de su hijo. No hay un instante que perder, es necesario cortar el mal de raíz y libertar a Julio del precipicio, es preciso casarlo.

Hacía algún tiempo que había notado el afecto que su hijo profesaba a Sofía y concibió el deseo de adornar su casa con tan delicada flor. La fortuna de ambas familias y las conveniencias sociales eran en un todo las mismas. No perdió un solo momento, y aquella misma noche mientras su hijo estaba en Marsella fue a pedir la mano de Sofía para su Julio.

Madame de Beaumanoir y su hija se contemplaron dichosos al ver realizadas unas esperanzas que ya tenían perdidas: madame de Maisoncelle no estuvo menos contenta, y Sofía, que tantas lágrimas había derramado en secreto por Julio, demostró la más sencilla alegría al saber tan dichosa nueva, creyendo que él había provocado esta petición.

El casamiento se fijó para el próximo domingo, y la pobre madre olvidando sus antiguas penas volvió a su casa llena de gozo.

Todo en esta vida, sin embargo, requiere oportunidad, Madame de Maisoncelle no supo escogerla. En vez de esperar el momento propicio, su imprudente alegría la hizo descubrir de repente su intención a su hijo, que en esta más que en ninguna noche había perdido y llegaba preocupado y de pésimo humor. La madre no lo advirtió y saltando a su cuello:

—Alégrate, Julio, le dijo; vas a tener por esposa a la más discreta y más bella mujer de la Provenza.

—Que el domingo próximo firmaremos el contrato, y el martes siguiente serás el feliz esposo de Sofía de Beaumanoir.

—¡Cómo! ¿Sin que yo la haya pedido? Exclamó Julio arqueando las cejas.

—Todo lo he hecho por ti y no tienes más que decir sí al pie del altar.

—Pues os juro que diré NO. Y volviendo la espalda se encerró en su aposento.

El golpe estaba dado; la falta cometida, y la infeliz madre quedó petrificada.

Al día siguiente no habló a su hijo ni una sola palabra de este asunto: procuró distraerle y le colmó de caricias esperando hacerle olvidar su oposición: lo que para ella no era más que una terquedad; pero al propio tiempo lo disponía todo con la mayor actividad a fin de no dejarle ni un instante de reflexión.

Por fin llegó la mañana del martes: la madre se encomendó a Dios y se dispuso a partir con su hijo que no se había negado a firmar el contrato; tampoco se opuso a marchar a la iglesia y parecía ir de buena voluntad. La madre creyéndose victoriosa y vencida la negativa de su hijo, le cubría de besos y lágrimas juzgándolo ya todo acabado.

Los coches se dirigieron a la iglesia de la ciudad vecina cuyo párroco era tío de madame de Beaumanoirs.

La ceremonia comienza, los novios se arrodillan, y el sacerdote dirigiéndose a Sofía a quien había bautizado.

—Hija mía, le dice ¿consentís en llamaros la esposa de Julio de Maisoncelle?

—Sí; contestó ella, palpitando de placer.

—Y vos, Julio de Maisoncelle, ¿sois gustoso en dar la mano de esposo a Sofía de Beaumanoir?

—NO, contestó el Joven con voz sonora; y como los enfermos privados de todas las señales aparentes de sentimiento y en quienes todas las facultades se centralizan para sufrir; Sofía se quedó inmóvil y estática.

Madame de Maisoncelle cayó dando un doloroso grito, la indignación se pintó en el rostro de los tres hombres insultados en lo que tenía de más caro en el mundo. El eclesiástico solamente conservó una presencia de espíritu y una prudencia que el lugar exigían imperiosamente. Un rayo de luz, una esperanza repentina vino a iluminarle en el instante; la venganza va a suceder a las más dulces afecciones; la sangre de sus hijos adoptivos se va a derramar tal vez.... Es preciso prevenirlo, evitarlo y por lo tanto es necesaria una grande reparación.... Con esa autoridad que el buen sacerdote ejerce siempre sobre las almas piadosas y recogidas, suplicó a las dos familias se retirasen a la sacristía. Madame de Maisoncelle fue conducida como una víctima, y su hijo la siguió con una emoción reconcentrada.

Una palabra del buen pastor al oído de M. de Beaumanoir fue bastante; este tomó la palabra, y conteniendo a sus dos hijos cuya cólera estaba pronto a estallar, dijo dirigiéndose a Julio.

“Monsieur de Maisoncelle, es imposible que hayáis comprendido toda la gravedad de la falta que acabáis de cometer. El insulto que habéis hecho a mi hija y mi familia sólo con sangre se podría lavar; pero el hombre de paz, el hombre de Dios que iba a consagrar vuestro enlace ha ideado otra reparación.” Y continúa levantando la voz.

“La ceremonia va a principiar de nuevo y todos estaremos presentes. El sacerdote volverá a hacer las mismas preguntas dirigiéndose primero a vos que responderéis SÍ; luego mi hija contestará NO; y el honor de mi familia quedará sin tacha.”

El más profundo silencio siguió a esta alocución pues cualquiera palabra que le hubiera interrumpido hubiera sido contestada fatalmente. Tan sólo un hábil observador podría conocer la ansiedad de Julio buscando las miradas de Sofía, que en medio de sus lágrimas mostraba esa serenidad que parece decir al objeto que se quiera: “Tus sospechas me matan.”

Otra vez volvieron a la iglesia y se dio principio a la ceremonia.

—Monsieur de Maisoncelle, dijo el viejo cura con fuerza y dignidad, ¿consentís en tomar por esposa a la señorita de Beaumanoir?

—Sí, contestó Julio con acento claro, y volviéndose a Sofía la contemplaba tristemente, los ojos llenos de lágrimas.....

El sacerdote impasible continuó en alta voz:

—Señorita Sofía de Beaumanoirs ¿queréis tornar por marido a Mr. Julio de Maisoncelle?

—Sí, Sí, Sí, exclamó Sofía sollozando.....

¡Pobre niña! no era un error de su pensamiento, un efecto de su inquietud; no era solo una reparación lo que anhelaba; era también su honor, su porvenir, su vida que entregaba a Julio, a quien con delirio amaba.

Éste conmovido, y sin acordarse del lugar donde se hallaba, se arrojó a sus pies gritando.

¡Oh! Sí, Sofía, sí; o tu amor o la muerte.

¿Cómo podrá describirse la alegría de ambas familias, cómo pintarse su felicidad? La dicha que gozaron en este instante fue para ellas mayor que sus pasados tormentos.

Julio y Sofía vivieron largos años bajo el encanto del más puro amor, y un mismo sepulcro guarda los restos de ambos esposos.

T. D. U. D. M.

3. LITERATURA: “LA LECCIÓN TARDÍA”

(*El Ebusitano*, núm. 8, pp. 63-64; *Idem*, núm. 9, pp. 70-72; *Idem*, núm. 10, pp. 76-80; *Idem*, núm. 11, pp. 86-88)

Puede decirse que los hijos de este siglo abrigan cierto germen de tristeza, que hace singular contraposición con el valor cívico y militar de que comúnmente blasonan. Amargas memorias, pérdidas prematuras, ocasionan semejante indicio de un presentimiento melancólico, no menos que ese destino dependiente hace ya cincuenta años de un telégrafo, y que solo anuncia por tanto vaivenes, injusticias y revueltas. Y no parece sino que influya del mismo modo en la irritabilidad del carácter y en los hábitos de la vida doméstica. ¡Qué hombre de los del día lanzará una ojeada hacia atrás sin lamentar los extravíos de un corazón sobrado fácil, o los raptos de una destemplada fantasía! Cuando a eso de la media noche, encerrado en mi aposento, suelo entregarme a juveniles recuerdos; cuando en medio del universal silencio

se pintan sucesivamente en mi imaginación las escenas de una mocedad rica por desgracia de peregrinos incidentes, vuelan rápidas las horas, y no percibo siquiera la péndola de su curso. A veces llega a tal punto mi enajenamiento, que me sorprende la aurora flotando por imaginarios mundos de creaciones brillantes y fosfóricas; a veces empero herido por la triste suerte de personas que me habían sido caras, caigo en la tristeza que me es habitual, y que viene a servir como de suavísimo pábulo de mis abstracciones solitarias.

Reinaba en uno de estos momentos, lóbrego y sepulcral silencio por los diversos ángulos del apartado cuartel en que habito. Recia soplaba desatado vendaval, gruesas gotas de lluvia sonaban en la techumbre de mi ruinosa habitación, y se percibía a lo lejos el sordo clamor de los infelices que huían de tan desusada tempestad. Este cuadro tétrico, solo interrumpido por los silbidos del aire o el canto agorero de un sereno, me sumergió en negras meditaciones, e inspiró a mi mente un vivaz recuerdo de lastimosas escenas. Aplican en esto un par de aldabazos a la puerta de la calle; se azora con su estrépito la casa entera, y se me presenta el criado diciéndome que una vieja preguntaba por mi a toda prisa.

—¿Por mí, hombre?

—Por V.

—¿Y qué me quiere?

—Lo ignoro.

—Pues dila que entre...

Y me trajo una persona de feísima catadura, una especie de sibila cubierta de andrajosos hábitos, y envueltas las espaldas en una raída manta de bayeta amarilla. La opaca luz de mi aposento, iluminando sus facciones marchitas, las representaba como un fragmento de humanidad degradada; como una hechicera de los tiempos antiguos, diestra en la exaltación de la impostura o inclinada al torpe delirio de una embriaguez cleusina(*sic*).

—¿Qué se le ofrece a V.? Le dije, extrañando según es de ver una visión imprevista.

—Nada más, respondió con voz trémula y cascarrona, sino que se entere de lo que canta la esquelita.

Y así diciendo, me presentaba cierto papel pringado e incompleto, en el que leí con asombro estas palabras: “Una infeliz reclama desde el lecho en que yace moribunda una sola visita de V.”

Me quedé absorto: dudé si dar crédito a tal aviso o interrogar con maña a aquella bruja: pero considerando que no era yo hombre que tuviese enemigos, ni que llevase en mis bolsillos con que tentar la codicia de un bandolero, determiné apurar aquel suceso y seguir a mi sospechoso lazarillo, sin sujetarle siquiera a sagaz interrogatorio. Acaso tuvo parte en ello cierto instinto aventurero que me impele a lanzarme en perspectivas, tanto más agradables, cuanto menos escasas de incertidumbre y misterio.

“¿Con que está gravemente enferma la persona que pide por mí?

—!Enferma!... Cascada, diría su merce (*sic*) mejor.

—Cascada!...

—Pues!...ya se ve...si las mozas de estos tiempos corren a escape, ¿qué maravilla se atasquen en lo más verde de la carrera?...Lo que yo digo, señor...anden más sobrias, y no las ha de doler el cuerpo ni ajárseles el palmito de la cara...pero no me atienden y...!desventuradas!...mueren en flor.”

Estas palabras acrecentaron mi curiosidad en gran manera.

“¿Y dónde vive esa infeliz?

—En mi propia casa, señor; allá junto a Puerta de Moros.

—Largo es el trecho, pero empieza V. a andar.”

Y heme en medio de la calle envuelto en mi capote, armado con mi paraguas, pisando lodos, recibiendo el agua a cántaros, y siguiendo los furtivos pasos de aquel Asmodeo, hartamente vulgar, que me arrancaba de mi pacífica estancia para llevarme por revueltos tránsitos y tenebrosos senderos. Entretanto amargas reflexiones, terribles dudas asaltaban mi turbado espíritu. ¿A dónde iba? ¿Quién me guiaba? La tempestad había apagado casi todos los faroles, ningún sereno se atrevía a describir el círculo de su barrio, todo anunciaba no sé qué de tétrico y espantoso que debilitaba por grados la indiscreta energía de mi resolución primera.

Pasamos en esto por la Plaza mayor, donde se me figuraba ver los infelices que fueron quemados en el famoso auto de Carlos II, se hundió después mi guía en la calle de Toledo, atravesó la plazuela de la Cebada en medio de la cual se advertían descollar a la luz de los relámpagos los simétricos palos del cadalso en que espirara pocas horas antes un hombre de la ínfima plebe; y revolviendo por diversas encrucijadas llegamos por último a cierta casa, cuya fachada no me permitió reconocer la oscuridad de aquella noche. Pero mi guía impelió suavemente la puerta, dio voces para que sacasen luz, y asomándose un par de mozas de ajado aspecto y lúbricos modales, subimos una escalerilla de ojo, la cual nos condujo a breve y desaliñado aposento. Tropecé con unos jergones tirados por el suelo, que sin duda las servían de único lecho, notándose en todo el ajuar no sé qué de pestilente, mal acondicionado e incómodo, que a tiro de ballesta indicaba el abandono en que vivía aquella familia aventurera. Las jóvenes de que he hablado usaban conmigo de cierta familiaridad repugnante, así en el poco miramiento de sus expresiones, como en la solicitud de sus servicios; pero recordándoles que mi solo objeto había sido visitar a una enferma, dieron un grito a la abuela, que así llamaban a mi original conductora, y le dijeron con indiferencia y descaro que me introdujese en el cuarto de la muerta.

Cierto rasgo de mal humor noté en la vieja al ver que tan pronto me separaba de sus discípulas, y murmurando entre dientes intempestivas quejas, sazoadas y revueltas con sus más familiares blasfemias, me hizo subir pesados y desiguales escalones, y entrar en el angustiado camaranchón donde yacía sobre fermentado lecho una beldad moribunda.

Hela V. allí, me dijo con infernal sonrisa; vea si puede azucararle el disparate que está haciendo de morir.

Estas palabras, pronunciadas con cierta complacencia y gracejo al umbral de aquel lóbrego aposento, desconyuntaron mis huesos, cual le sucede a todo hombre sensible al ver envilecida y doliente la pobre humanidad. Me quedé sólo: reinaba en torno un silencio profundo, lúgubramente interrumpido por la respiración gutural y acompasada del enfermo. Un cabo de vela de sebo metido como tapón en el cuello de una botella, arrojaba trémulo y sulfúreo resplandor; se veían botes de pomada sirviendo ahora para jarabes y otros ingredientes; tres o cuatro sillas perniquebradas, obra sin duda de muy diferentes épocas, ofrecían un peligroso descanso al paso que antigua mesa de pino cubierta de un mugriento tapete sostenía un fragmento de espejo y cuatro vasijas de barro, conteniendo como los botes confecciones, medicamentos y bebidas. Penetraba el viento por las mal ajustadas hojas de la ventana; a veces alcanzaba con su soplo a la hedionda llama de la vela, y revolviéndola en todas direcciones, daba margen a temer que desapareciese esta última esperanza. Cargaba sutil vapor aquella atmósfera impura; se respiraba un aire fétido, aire oliendo a tumba, para servirme de la terrible expresión de Young; y el continuo gemido de la enferma, hondo y acompasado cual las lentas pulsaciones de un moribundo, traspasaba de yerta y desesperada amargura el pecho de un hombre de bien.

Determiné al fin llegar al lecho; descorrí la polvorosa cortina, y vi tendida sobre áspera tarima una joven en la flor de la edad luchando ya con débil aliento contra las agudas bascas de la muerte. Solícito y acongojado fui por la luz, acerqueme al lecho, recorrí con su trémula llama las desencajadas facciones de aquella infeliz, y solté un grito al reconocer en ellas una de las beldades que habían embalsamado los primeros años de mi tumultuosa juventud. Penetrado de sentimiento, casi próximo a romper en abundoso llanto, hincué una rodilla en tierra, la tomé afectuosamente la mano, la llamé distintas veces por su nombre, y quedándome sin respuesta, dije no menos frenético que resuelto que iba por un facultativo. Al ver que me preparaba a salir, su mano calenturienta hi(*sic*) un esfuerzo para detener la mía; revolvió los mustios ojos; se esforzó para dirigirme la palabra; ya venciendo como por intervalos su fatigosa agonía, me rogó con patética expresión que no me fuera.

“¿Y quiere V. que la deje perecer en tan inmundo burdel?”

—¡Ah! Sólo quiero que cierre mis párpados, que proporcione a mis huesos decorosa sepultura, que vele mi moribundo cuerpo para que no le ultrajen y escarnezan las antiguas compañeras de sus desórdenes.

—¿Y si aún puede haber remedio para V. ...?”

—¡No, amigo mío, no le hay para mí...! Espantoso cuadro es lo pasado; fierísima lucha la agitación presente, y quizás harto terrible el destino que me guarda. No para echarle en rostro haber sido causa primordial de mis extravíos supliqué que le buscasen..... quise restituírle cierta prenda..... darle desde el borde del sepulcro una tardía lección. ¡Quién sabe si de esta suerte lograré purificar ante el Eterno un espíritu encenagado en ilícitos deleites!”

Confieso que estas palabras me hicieron temblar. Acusación tan impensada desenvolvió

rápidamente a mi vista el fantasmagórico círculo de mi juventud primera, y este examen en medio de escena tan patética y sombría, perturbó mi imaginación, y atravesó mi pecho el pasador agudo de un remordimiento tardío.

En esto se reanimó la doliente; fijó otra vez en mi rostro aquellos ojos ya cristalizados y cadavéricos; hizo todavía un esfuerzo, y soltó su voz lenta y sepulcral a semejantes razones.

“Aunque dotada de carácter poco reflexivo, era de esperar que la educación y el ejemplo fortaleciesen algún día mi quebradiza virtud. Pero entonces... en la edad precisamente en que se resuelve el problema de mi vida... se presentó V. a mi vista, deslumbró mi imaginación... la imaginación de una pobre niña de diez y seis años... y me reveló con exaltadas descripciones un mundo lleno de encantos, de dorados vicios, de suavísimos placeres. ¡Qué mucho que con un espíritu débil, con un peligroso estímulo de amor propio me lanzara en él, y olvidase en los brazos de V. lo que debía a los hombres, a la religión y a mí misma! ... Ve a V. aquí, prosiguió alargándome la otra mano, la sortija que me dio para funesta memoria de aquel crimen... sortija envuelta en peregrinos amores, que derramaron lenta ponzoña en el corazón de esta flaca mujer... Nada me diga V., amigo mío; no se consterne, no se desespere; acompañañale el perdón sincero de una desgraciada; pero no deje de derramar siquiera alguna lágrima sobre mi tumba.”

No es fácil describir el sentimiento que me causaron estas justas acusaciones. Temblaban mis miembros, frío sudor entorpecía mi cuerpo, y respiraba casi con tanta dificultad como aquella víctima de mis pasados errores. Insensiblemente se iba apagando el movimiento de su pecho; la agonía era más suave, el mirar más fijo... todo indicaba su cercano fin. Conservaba además su mano entre las mías, y los latidos desiguales del pulso, los estremecimientos súbitos del cuerpo me repetían con harta evidencia, que aquella máquina desencajada, trémula, revuelta, estaba próxima a lanzar el último gemido.

“Tome V. la sortija de mis dedos, continuó, consérvela como un recuerdo de sus propias faltas, y una memoria de la que nunca dejó de amarle, no obstante de haberle debido larga serie de desventuras. ¡Ah! Desde que semejante alhaja adornó mis manos, ponzoñosos fuegos abrasaron mi corazón. Ella repetía a mis oídos embelesantes persuasiones, frases mucho más seductoras que las áridas doctrinas de unos padres sencillos y timoratos V. me abandonó, pero dejando tiernísimo mi pecho para impresiones de la misma especie.

De deleite en deleite; de extravío en extravío; desde un tálamo de rosas he venido a expirar en este lecho de miserias. No velan los hombres por el restablecimiento y conservación de las costumbres, miran más bien como un juego, como lance de mera galantería eso de deslumbrar con cuatro flores la imaginación de una doncella; y muchas veces estos primeros encuentros, deciden de su virtud y preparan su suerte venidera. Sobrado alcanzo, que la sociedad se desdeña de atender a este peligro; se complace, sí en ultrajarnos, en envilecernos, en encerrarnos dentro de inmortales galeras cuando marchitaron los años y los vicios la lozanía de nuestros rasgos, este peligro que ya nota V. en mi infortunio; y esta sortija, conservada entre

tantos vaivenes por lección y por cariño, puede servir a lo menos para que recuerde a sus hijos la cautela y la hidalguía que faltaron a su padre.”

Al eco de estas últimas expresiones corrían ya por mi pálido semblante ardientes lágrimas de desesperación y dolor. Tomé la fatal sortija, y de allí a poco expiró en mis brazos aquella infeliz que había lanzado en ellos el primer suspiro de frívolas complacencias. Sin atreverme a llamar a persona alguna, sumido en religioso silencio, murmurando entre dientes una tímida plegaria para entrambos, permanecí largo rato a la vista de aquel cadáver que aún conservaba no sé que rasgos de pura y melancólica belleza. Cuando el espíritu acaba de desaparecer; cuando ha revuelto con mano profana los mortales despojos de la víctima, y sus medio eclipsados luceros, indican todavía algo de las dulzuras de la vida y de los terribles misterios de la muerte, se dilata lúgubrementemente el ánimo en presencia de tan ejemplar espectáculo. El solitario aposento rodeado de objetos antiguamente gratos a la imaginación del difunto, tristes recuerdos ahora de sus costumbres y pasiones, contribuye también al aflictísimo embeleso. Vuela la imaginación con el espíritu, permanece la razón junto a los restos del cuerpo, y andamos como vagando entre la formidable perspectiva de la eternidad y el depósito inmundo de la tumba.

Subieron al fin las compañeras de sus desórdenes. Conseguí por medio de generosas ofertas que envolviesen siquiera el cadáver en un lienzo, y quedeme a velarlo para acompañarle yo mismo al cementerio. El entierro fue sencillo... sin aparato, sin pompa, sin generoso concurso de deudos, y sin lágrimas de amigos. Una cruz precedía al féretro, y le seguía lentamente el humilde perro del mendigo. Se veía a cierta distancia una figura embozada, meditabunda, melancólica, la misma que ha redactado este artículo, formando todo el séquito de aquel silencioso aparato. Queda suya la fatal sortija, carece de hijos en quienes depositarla, y no duda ofrecerla a los que se creen llamados a regenerar la sociedad para que entiendan que su misión es algo más sólida de lo que parece, algo menos sujeta al capricho de codicia personal, algo menos superficial o aparente. Teman lo contrario que ese pueblo, que hipócritamente invocan, ese pueblo al que no educan y del que exigen sin embargo las virtudes de una educación esmerada, ese pueblo de entre el cual sacan las víctimas para castigar los errores de los grandes, tome un día sobre sus propios hombros el encargo de regenerarse. ¡Ay! entonces la reforma, como promovida por las selváticas pasiones, que hemos querido irritar en vez de pulir, fuera atroz revolución, y el prudente afán de corregir abusos, un brutal instinto de bacanales y venganzas.

(Español)